

# Fin de la hegemonía estadounidense: el legado del 11 de septiembre

Por Lionel Barber, *Financial Times*, 5 de septiembre de 2011 <sup>1</sup>

## Las palabras más importantes del decenio pasado no fueron “Guerra contra el terror” sino “Hecho en China”

En la mañana del 11 de septiembre (11S) de 2001 la perspectiva de Estados Unidos parecía tan brillante como el cielo azul claro en el Bajo Manhattan. El precio del barril de Brent era de 28 dólares, el gobierno federal tenía un superávit fiscal, la economía del país se estaba reponiendo (aunque imperceptiblemente) del hundimiento de las empresas punto com. La nación más poderosa del mundo estaba en paz.

Diez años después, el precio del petróleo ronda los 115 dólares por barril; en Estados Unidos se prevé un déficit presupuestario para 2011 de 1,580 mil millones de dólares, el más grande de su historia; la economía permanece profundamente postrada después de la crisis financiera de 2008, y tanto el ejército como los servicios de inteligencia siguen en guerra, luchando contra la insurgencia y el terrorismo islámico radical de Afganistán, Pakistán, Níger y Yemen.

El almirante Mike Mullen, jefe saliente del Estado Mayor Conjunto, ha calificado la deuda pública como la mayor amenaza para la seguridad nacional. La reciente rebaja que Standard & Poor hizo de la calificación crediticia de Estados Unidos parece confirmar el declinamiento continuo de la superpotencia. Y aunque no hay una línea de continuidad con los ataques de septiembre de 2001, la difícil situación económica actual y el costo ajustado por la inflación de la consecuente “guerra global contra el terror” a montos que ascienden a más de 2,000 millones, duplican el costo de la guerra de Vietnam.

La respuesta del presidente George W. Bush al asalto a las Torres Gemelas y al Pentágono fue el lanzamiento de dos guerras selectivas contra Afganistán e Irak, el unilateralismo agresivo a costa de las alianzas y del derecho internacional y una promoción casi evangélica de la democracia liberal en el Oriente Medio. Las duras y afiladas políticas de su administración fracturaron alianzas en Europa y provocaron una fuerte caída de la posición de Estados Unidos en el extranjero.

En el lado positivo de la balanza, Estados Unidos ha escapado hasta ahora a otro ataque terrorista en su propio territorio. Otros no han tenido tanta suerte. Los atentados en Bali (2002), Madrid (2004) y Londres (2005) no alcanzaron la proporción del ocurrido el 11 de septiembre, pero varios centenares de víctimas claman por ellos. Al-Qaeda se ha reducido, pero no enteramente. Docenas de discos de computadora rescatados del escondite de Osama

---

1. <http://www.ft.com/intl/cms/s/0/f6acf1a6-d54d-11e0-bd7e-00144feab49a.html#axzz1XKLCE6Gf>

bin Laden en Abbottabad, Pakistán, sugieren que el líder de Al Qaeda, muerto el pasado mes de mayo durante un osado ataque de los Navy Seals de EE.UU., planeaba otro atentado espectacular, acaso para coincidir con el aniversario del 11 de septiembre, este fin de semana.

Por otra parte, el despertar árabe de este año ha disipado la idea de que el Medio Oriente — con la excepción de Israel— es congénitamente incapaz de abrazar la democracia. Uno por uno, los autócratas de la región, a partir de Zine Ali el-Abidine Ben en Túnez a Hosni Mubarak en Egipto, han sido derribados por manifestantes que exigen dignidad, libertad y empleo. Es cierto que las rebeliones armadas asistidas por aviones de la OTAN precipitaron la caída de Muammar Gaddafi en Libia, pero el presidente Bashar al-Assad de Siria puede ser el próximo líder en sentir el cálido aliento de las calles árabes.

Por primera vez, un decenio y un día después de los ataques terroristas en Nueva York y en Washington, el público sea capaz de volver al sitio donde estuvieron las Torres Gemelas.

La pregunta es si el vilipendiado Bush estaba en lo cierto al afirmar que el *status quo* autocrático del Medio Oriente creó una incubadora para el terrorismo islámico radical y por lo tanto, un peligro claro y presente para los Estados Unidos. Si la respuesta es sí, entonces las fallas durante su administración se deben menos a un diagnóstico de defectos y mucho más a un asunto de desempeño.

Una segunda pregunta en relación con esto es si la respuesta militar de la administración al 11 de septiembre llegó a ser un desvío costoso y desproporcionado de atención y de recursos en un momento en que el mundo estaba sujeto a remodelación por el surgimiento de poderosos nuevos actores, China sobre todo.

\*\*\*

Tal parece que a raíz del ataque a las Torres Gemelas tomó forma un realineamiento geopolítico comparable con los de 1815, 1945 o 1989. Estados Unidos reunió una coalición contra el terrorismo que incluyó a rivales como Rusia y China, así como a antiguos parias como Cuba, Irán y Sudán.

La respuesta militar fue igualmente efectiva. Una vez identificados los autores, Estados Unidos llevó a cabo una brillante campaña improvisada para derrocar a los talibanes en Afganistán. En cuestión de semanas, fuerzas especiales de EE.UU. combinadas con los jefes militares y el aplastante poder aéreo desbarataron al régimen de Kabul. Aunque los líderes, en particular el mulá Omar y su apoderado Bin-Laden se escabulleron, la red de al-Qaeda fue atacada sin tregua y desarticulada.

En un año Estados Unidos perdió la autoridad moral. El error de Bush fue dejar en claro que el cambio de régimen en Irak fue sólo un paso para hacer frente a lo que describió como un “eje del mal” que implicaba a Irán, Corea del Norte y otros adversarios potencialmente sospechosos de albergar terroristas o patrocinadores del terrorismo. De la noche a la mañana, Estados Unidos ganó fama de nación deshonesto.

La preocupación aumentó con la publicación de una doctrina de seguridad nacional, que fue revisada en 2002, y abandonó conceptos de la guerra fría tales como contención y disuasión. En su lugar vino la estrategia de “echarse para adelante”, de acción militar preventiva, cambio de régimen y un nuevo tipo de guerra que justificó la tortura y negó a los sospechosos de terrorismo los derechos de la Convención de Ginebra.

De esa forma, la guerra de Irak se libró sin el apoyo de aliados tradicionales como Canadá, Francia y Alemania; sin el respaldo del Consejo de Seguridad de la ONU y sin pruebas concluyentes de que Saddam Hussein poseía armas de destrucción masiva que constituían una amenaza inmediata para Estados Unidos. En cuanto a los aliados, Tony Blair, primer ministro británico, ofreció cobertura política leal, aunque Donald Rumsfeld, secretario de Defensa, hizo una declaración mordaz al respecto: dijo que las fuerzas del Reino Unido eran redundantes en términos militares.

Tras haber invocado por primera vez el artículo cinco que compromete a todos sus miembros en la defensa colectiva, la OTAN, fue dejada de lado de manera similar. El lema de Washington fue “la misión determina la coalición”. Pero las alianzas selectivas funcionan en ambos sentidos. A fines del decenio los aliados europeos recurrieron a advertencias de que optarían por retirarse de las operaciones militares en Afganistán, Irak y Libia. Por tanto, Robert Gates secretario de Defensa saliente, advirtió que este año la OTAN se convertiría con rapidez en algo irrelevante.

También Europa salió menoscabada, y no sólo durante el conflicto de Libia, donde Alemania optó por retirarse, y Gran Bretaña y Francia se quedaron sin parque en cuestión de semanas. Al comienzo del nuevo siglo, alineados con el éxito del lanzamiento de una nueva unión monetaria, los líderes europeos acordaron planes para hacer de la Unión Europea la zona económica más competitiva del mundo. En retrospectiva, la tan cacareada agenda de Lisboa marcó la cumbre de las ambiciones coincidiendo con el estallido de la burbuja de las empresas punto com.

A diez años de distancia, el diseño original de la unión monetaria europea ha demostrado ser fundamentalmente defectuoso. Los miembros grandes y pequeños han ignorado por igual los mecanismos de aplicación de la disciplina presupuestaria, inclusive Alemania. Las economías periféricas de Grecia, Irlanda, Portugal y España, que se se irguieron con el respaldo de tasas de interés bajas, se han evidenciado como poco competitivas. El contagio en los mercados de bonos ahora amenaza con extenderse a Italia, miembro “nuclear” de la eurozona.

\*\*\*

Para el segundo mandato de Bush, la retórica ríspida dio paso a un planteamiento más moderado. Como fuerza de ocupación en Afganistán e Irak, Estados Unidos quedó absorbido en la tarea de construir naciones de la que Rumsfeld se había burlado desde hacía tiempo. Cayendo en una confusión similar, el presidente Barack Obama y David Cameron, primer ministro del Reino Unido, declararon que una o ambas misiones eran vitales

militarmente y luego actuaron como si fueran discrecionales mediante el establecimiento de un calendario (político) para la retirada.

Los contadores sumarán las facturas conjuntas de las aventuras en Afganistán e Irak en cerca de 2,000 millones de dólares, en términos ajustados con la inflación, pero Robert Zoellick, presidente del Banco Mundial y subsecretario de Estado, sostiene que un país tan rico como Estados Unidos puede pagar ese costo. En 1948, dice el Sr. Zoellick, el promedio del producto nacional bruto per cápita en EE.UU. equivalía a la cuarta parte del actual. Sin embargo, los estadounidenses respaldaron de inmediato la doctrina del presidente Truman de apoyar a las democracias en Europa y contra el comunismo en todo el mundo al costo de miles de millones de dólares.

Está por verse si las semillas de la transformación democrática echan raíces en Irak. La tan cacareada “oleada” militar de EE.UU. rescató al país del caos y de la posible ruptura, pero las relaciones entre los grupos étnicos de Irak —los kurdos, suníes y la mayoría chiita— siguen siendo precarias. Podría decirse que el derrocamiento de Saddam Hussein ha permitido a Irán convertirse en la potencia regional dominante e influir a través del gobierno chiita en Bagdad. Mientras tanto, las ambiciones nucleares de Teherán siguen sin control.

Los esfuerzos a raíz del 11S tampoco afrontaron otras graves e irresueltas amenazas a la estabilidad regional, como el conflicto palestino-israelí. Lo mismo Bush que Obama han fracasado en sus esfuerzos por romper el estancamiento en las negociaciones sobre los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania, así como del estatus de Jerusalén. Los sucesivos primeros ministros israelíes, de Ariel Sharon a Benjamín Netanyahu, se han beneficiado de la guerra contra el terrorismo, argumentando que las concesiones ponen en peligro la seguridad de Israel, y entidades tales como Hamas —que ganó fácilmente las elecciones en Gaza en 2005— son terroristas disfrazados como representantes legítimos de los palestinos.

A pesar centrarse en la lucha contra el terrorismo, Estados Unidos aún se mantiene alerta ante tendencias geopolíticas de mayor amplitud. El avance más importante se llevó a cabo entre EE.UU. y la India mediante la firma del acuerdo “123” en 2008 sobre cooperación nuclear civil. La nueva asociación estratégica entre Washington y Nueva Delhi no sólo ofrece un contrapeso al surgimiento de China, sino también al de Pakistán con armas nucleares. Tras ser desde hace tiempo un aliado de Estados Unidos en el sur de Asia, se ha vuelto cada vez más inmanejable.

Por contraste, las relaciones sino-estadounidenses no van más allá de la adopción de posiciones incómodas. (En el mejor de los casos) Beijing ve a Washington como alguien que no es “ni amigo ni enemigo”, mientras que EE.UU. ha despertado demasiado tarde para desafiar la posición dominante de China en el Pacífico. Beijing ha presionado de mala gana a Corea del Norte, su inquietante vecino nuclear, pero el fervor nacionalista significa que el liderazgo sigue siendo neurálgico sobre Taiwán y excesivamente delicado ante las disputas territoriales con Japón, Corea del Sur y Vietnam.

\*\*\*

En última instancia, el desarrollo geopolítico más importante de los últimos diez años no se llevó a cabo en el campo de batalla, sino en el sistema financiero. La crisis financiera global surgió de la deficiente regulación y los incentivos perversos a los bancos para vender hipotecas a los estadounidenses pobres sin capacidad de pago, así como de su gigantesca influencia en el sistema financiero. Estas distorsiones se han creado, en parte, debido a desequilibrios globales impulsados por los estadounidenses, que viven del crédito barato, y por los exportadores chinos y los ahorradores que contribuyeron a generar un gran superávit en cuenta corriente.

Hasta el Gran Crac de 2008, este carrusel financiero giraba impávido. Gracias a la mano de obra barata, China exportó su deflación al resto del mundo. China financió el déficit de cuenta corriente de Estados Unidos mediante el reciclaje de su propio excedente en bonos del Tesoro estadounidense. Ahora, a tres años de la crisis financiera, la economía mundial está de cabeza. Estados Unidos, empequeñecido; Europa, marginada y Asia, por ahora, en ascenso.

Considere usted la tendencia histórica con amplitud: La participación de Asia en la economía mundial se ha desarrollado en términos de poder adquisitivo; ha aumentado constantemente de 8% en 1980 a 24% el año pasado. En conjunto, las bolsas asiáticas representan 31% de la capitalización del mercado mundial, por delante de Europa, con 25% y a un pelo de Estados Unidos, 32%. El año pasado, al convertirse en el mayor exportador del mundo, China superó a Alemania. En términos de capitalización bursátil, los bancos chinos ahora se encuentran entre las más grandes del mundo.

Las cifras de importación son igualmente reveladoras: el mundo en desarrollo se ha convertido en conductor de la economía global. Del consumo de cemento al de huevos, China lidera al mundo. También ha superado a Estados Unidos al convertirse en el mayor mercado mundial de automóviles.

El voraz apetito de China por materias primas está generando nuevas rutas comerciales, especialmente con potencias emergentes como Brasil. El año pasado China superó a Estados Unidos como socio comercial de Brasil. América Latina, región que alguna vez tuvo fama de inestable, ha surgido de la crisis prácticamente indemne. La pobreza está disminuyendo, las clases medias se expanden y los mercados de activos están en ebullición.

Condoleezza Rice, asesora de seguridad nacional de Bush y Secretaria de Estado, describió una vez a la multipolaridad como teoría de la rivalidad y mal necesario. En términos económicos, la multipolaridad augura un nuevo orden en el que la interdependencia es la norma, y aunque Estados Unidos es todavía abrumadoramente poderoso, ya no desempeña el papel de potencia hegemónica.

En cuanto a la herencia del 11S, Gerard Lyons, economista en jefe del Standard Chartered Bank, dice que las tres palabras más importantes del decenio anterior no fueron “guerra contra el terror”, sino “hecho en China”. Considerando las tendencias actuales, añade, las tres palabras más importantes del actual decenio serán “propiedad de China”.